

Breve memoria sobre las misiones que la Provincia del Santísimo Nombre de Jesús de Filipinas ha sostenido y ha vuelto a inaugurar en el Imperio Chino

ADVERTENCIA, TEXTO Y NOTAS

POR

TEÓFILO APARICIO, O. S. A.

ADVERTENCIA

La historia de la Corporación Agustiniiana en el viejo Imperio Azul se remonta —al menos con el ansia y anhelo de misión— a la muy gloriosa del Archipiélago de Magallanes.

Fueron los Agustinos de la expedición de Villalobos —los primeros que dieron la vuelta al mundo en calidad de misioneros— los que, según instrucciones recibidas de Méjico, intentaron penetrar en el misterioso país de las pagodas para predicar allí el Santo Evangelio. Lo afirman nuestros cronistas. Pero lo dice también otro autor, tanto más digno de crédito, cuanto que es ajeno a la Orden. •Con la muerte del General Villalobos —escribe Ferrando en su Historia de los PP. Dominicos de las Islas Filipinas—, la gente de aquella expedición se fue cada uno por su parte. Los religiosos Agustinos intentaron ir, desde allí, al Imperio de China para predicar en él el Santo Evangelio; pero los portugueses no se lo permitieron, porque no eran de su nación, y se vieron precisados a embarcarse para Europa. Por Agosto de 1549 llegaron a Lisboa, habiendo empleado siete años en su malhadada

expedición. No fue, sin embargo, infructuosa su misión, porque con sus consejos saludables consolaron muchas veces a la gente, y fueron como exploradores evangélicos de las islas, en donde sus hermanos debían empezar, después de pocos años, a predicar y propagar la doctrina de la fe a los gentiles» (1).

Ya lo vemos: por aquel entonces no lograron su deseo aquellos invictos exploradores. Y no es que les faltara voluntad. Mas ahora, como escribirá uno de los nuestros, ya entraba en los designios de Dios «que la Orden de San Agustín cooperara en el transcurso de los años a la evangelización de aquel territorio». Y por eso, cuando, asegurada ya la conquista de las Islas Filipinas, la naciente Provincia del Santísimo Nombre de Jesús celebra en 1572 nuevo Capítulo, allí mismo se determinará que dos religiosos —Los PP. Agustín de Alburquerque y Alonso de Alvarado— pasaran al Gran Reino de la China con el fin de enseñar a aquel pueblo una nueva civilización y una nueva cultura.

El arribo a las costas de Manila de aquellos mercaderes chinos que por primera vez aparecían en las Islas ofreciendo sus porcelanas y sederías, despertó un gran interés en todos los españoles, y de un modo especial en los religiosos Agustinos—únicos entonces en el Archipiélago—, los cuales consideraron el hecho como un aviso del cielo anunciándoles era llegada la hora de recorrer nuevos territorios enseñando a nuevas gentes la doctrina del Crucificado. «Llegados los españoles (a Filipinas), tuvieron luego noticia —escribe el P. Juan González de Mendoza—, del gran reino de la China, así por la relación de los mismos isleños que contaban las maravillas que en él había, como por las que dentro de pocos días se vieron y entendieron de la gente de algunos navíos que vinieron a aquel puerto con mercaderías y cosas muy curiosas de aquel

(1) Ferrando, O. P.; Historia de los PP. Dominicos en las Islas Filipinas, Madrid, 1870, t. I, 88.

Reino, que referían particularmente la grandeza de aquella tierra y riquezas de ella, y muchas cosas que se han dicho ya en los tres libros de esta Historia.

«Conocida por los religiosos Agustinos, que en este tiempo eran solos en aquellas Islas, y en especial por el P. Provincial Fray Martín de Rada, hombre de mucho valer y muy docto en todas las ciencias, la ventaja que los chinos, que a las Islas venían a contratar, hacían a los isleños en todas las cosas, y en especial en la policía y en el ingenio, entraron luego en un gran deseo de procurar ir a predicar el Evangelio a aquella gente tan capaz para recibirle, y con propósito de ponerlo en efecto comenzaron con gran cuidado y estudio a aprender su lengua, la cual supo el Provincial en pocos días y tan bien, que hizo en ella arte y vocabulario (1).

«Tras esto hicieron muchos regalos y presentes a mercaderes chinos porque los llevasen, y otras muchas cosas significadoras de su santo celo, hasta llegar a darse a sí mismos por esclavos a los mercaderes, para entrar con esta ocasión a predicar, pero ninguna de estas diligencias tuvo efecto hasta que la voluntad divina descubrió otro medio mejor (2).

La providencial coincidencia de encontrarse reunidos casi todos nuestros misioneros en la recién fundada ciudad de Manila, hizo que pensaran seriamente en aquel negocio en que tanto entraba la gloria de Dios y... en el fruto y crecido logro que podían esperar de la conversión de una nación tan política y sabia como era la de aquel Imperio» (3), y por el natural afable y buena disposición que en los chinos conocían (4).

(1) J. González de Mendoza, O. S. A., *Historia de las Cosas más Notables, Ritos y Costumbres del Gran Reino de la China*, Ed. España Misionera II, Madrid, 1944, Segunda Parte, 1. I., c. 2, 150.

(2) Gaspar de San Agustín, O. S. A., *Conquista de las Islas Filipinas*, Primera Parte, Madrid, 1698, 251.

(3) Conquista, 252. B. Martínez, *Historia de las Misiones Agustínianas en China*, Madrid, 1918, 6.

(4) B. Martínez, *ibid.*

Más las puertas de la *Gran Muralla* estaban cerradas a todo acceso de extranjeros. Únicamente renunciando a su libertad podían pasar al otro lado y contemplar a su gusto el país del Gran-Thien. A gala y mucha honra tuvieron los PP. Alburquerque y Alvarado perder su libertad — como nos ha dicho el cronista de Filipinas — vendiéndose como esclavos por amor a Cristo. He aquí cómo se expresa el ya citado P. Gaspar de San Agustín: «Mucho se alegró el P. Fr. Agustín de Alburquerque oyendo al capitán estas últimas razones, en que ya había hallado medio para conseguir lo que tanto deseaba; pues yéndose el capitán a su casa, le siguió, y se puso a tratar con él que, supuesto que en la China podían entrar esclavos, como había dicho, que le rogaba mucho que le embarcase, y llegando a tierra, le vendiese por esclavo; pareciéndole honra muy grande (como lo era) el hacerse esclavo por Cristo, para mayor gloria suya y bien de las almas; imitando a San Paulino, el Obispo de Nola, que se entregó por esclavo para rescatar el hijo de una viuda pobre... (1).

Fracasó, pues, la primera tentativa; pero en ningún modo se renunció a aquella dorada idea.

La ocasión se presenta favorable cuando, vencido el pirata Limahon — terror y pánico de aquellos mares —, Omoncón, «Capitán del Rey de la China», que se había hecho muy amigo de los españoles, ofreció su «Champan» a los religiosos prometiéndoles un viaje seguro hasta llegar a la presencia del Rey.

Consultaron aquellos buenos frailes —prosigue el P. Mendoza— «sobre quién iría que fuese más apropósito para lo que pretendían, que era como hemos dicho procurar introducir nuestra santa Fe Católica en aquel Reino, y determinaron fuesen dos religiosos no más, a causa de que había falta de ellos, y dos soldados en su compañía, y que los religiosos fuesen el P. Fray Martín de Rada, na-

(1) Conquistas, 252.

tural de Pamplona, que acababa de ser Provincial, el cual, además de ser doctísimo y santísimo varón y haber con este deseo aprendido la lengua del dicho Reino, por ponerlo en ejecución, muchas veces se había ofrecido por esclavo a los mercaderes chinos para que lo llevasen allá, y el P. Fray Jerónimo Marín, religioso asimismo muy docto, y natural de la ciudad de Méjico. Los soldados que nombraron para que los acompañasen fueron Pedro Sarmiento, alguacil mayor de Manila y natural de Belorado, y Miguel de Loarcha, hombres tan principales y buenos cristianos como convenía para el negocio a que iban, a los cuales llevaban los religiosos con designio de que quedándose con el rey predicándole el Evangelio, volviesen ellos con la nueva del suceso y de lo que hubiesen visto a dar noticia al Gobernador y al Rey nuestro Señor si fuese necesario. Este ofrecimiento del capitán Omoncón, y nombramiento que habían hecho el Gobernador y el dicho Provincial, se divulgó luego por toda la ciudad, y después de haberse hecho mucho regocijo, fue aprobado de todos, por ser las personas nombradas tan principales como se ha dicho, quedando muy satisfechos de que no faltarían punto en lo que se les había encomendado ni perderían ocasión, y con harta más envidia que lástima, por ser cosa que todos la deseaban, particularmente por el servicio y honra de Dios, y secundariamente por el provecho que todos se les había de seguir por la mutua contratación, y llevar tan buena nueva para el Rey (1).

Y así, «en la mañana del domingo del 12 de julio del año del Señor de 1575 se juntaron el dicho Gobernador y todos los que estaban en la ciudad, y así juntos fueron al Monasterio de San Agustín, donde se dijo una misa muy solemne del Espíritu Santo, y acabada y encomendado por todos a Dios encaminase aquel viaje para honra y gloria de Su Divina Majestad y salvación de las almas de

(1) A. Mozo, O. S. A., *Misiones de Filipinas de la Orden de Nuestro Padre San Agustín*, Madrid, 1763, 151.

aquel gran Reino a quien Lucifer tenía por tan suyo, se despidió el Omoncón y Sinsay del Gobernador (1) y de los demás, agradeciendo el buen tratamiento y regalos que le habían hecho, y prometiendo en pago del servicio serles siempre fiel amigo como lo verían por la obra y de llevar los que él de su propia voluntad había pedido y aceptado, con la seguridad de que su misma persona, la cual dejaría antes padecer que ninguna de las que llevaba a su cargo. El Gobernador y los demás le agradecieron el nuevo ofrecimiento, y dándole a entender que tenían la misma confianza del que prometía, y con esto se despidieron y juntamente los religiosos y sus dos soldados compañeros, no faltando hartas lágrimas de la una y de la otra parte (2).

La mar está en calma. Unos días de navegación nada más. Unos días ligeros como la fácil brisa marina que hincha la lona e impulsa la nave. Unas noches, en cambio, solemnes, serenas, como los ritmos de un salmo, abrumadas de estrellas y también, en Rada, de pensamientos e inquietudes del corazón. Y luego se sigue la madrugada. Una madrugada dulcísima, con brisas de seda.

Y hele aquí ya pisando tierra firme de la China. Se encuentra con su compañero en la populosa ciudad de Ho-cchú, capital de la provincia de Fokien. Ho-cchú fue descrita maravillosamente por el mismo Rada en la relación que escribió de este primer viaje al gran Reino de la China. «Esta ciudad — escribe — es la mayor que vimos en China; porque a lo que pudimos saber, tiene ciento y cincuenta mil vecinos, y es cabeza de aquella provincia llamada Fokien. Está toda cercada de muralla de piedra de sillería cubierta de teja. Tiene por alguna parte sus fosos de agua muy hondos, y por dentro de la ciudad hay muchas acequias, como las de la ciudad de Méjico, por don-

(1) Lo era a la sazón el piadoso y gran caballero Guido de Lavezares, Tesorero de la Real Hacienda y sucesor inmediato de Legázpi.

(2) Mendoza, 170.

de entran y salen barcos para el tragino (sic) de lo necesario.. (1).

El suntuoso Virrey de Fokien recibe al embajador de España con derroche de zalemas, agasajos y distinciones; mas no permite que siga adelante en su misiva hasta llegar a la capital de Imperio, cual es el propósito de los misioneros. El noble pamplonés, que ha ido a aquella dorada región en calidad de embajador del rey de España, y que es, además, embajador del alto Señor del cielo, se ve obligado a regresar a sus amadas Islas en octubre de aquel mismo año de 1575 (2).

Como fruto de aquel primer viaje al Celeste Imperio, el P. Rada se trajo caudal de manuscritos chinos, que hizo traducir al español, valiéndose más tarde de ellos el P. Juan González de Mendoza para su célebre Historia del Gran Reino de la China y de la que ya hemos tomado alguna cita.

Fr. Martín de Rada que era, según el juicio crítico del P. Zamora, «no solamente un religioso observante, un virtuoso misionero y un celosísimo apóstol, sino que también uno de los primeros cosmógrafos de su tiempo y un profundo matemático (3), no desistió de su empresa. Es todo afán conquistador e intenta volver, por mayo de 1576, al país de las pagodas; mas no ya con carácter de embajador del Rey Felipe, sino como simple soldado del Evangelio, que equivale tanto como decir embajador de Cristo y predicador de su doctrina. Ahora irá con el P. Alburquerque —también ya conocido de nuestros lectores— el cual ha de compartir con el hermano y amigo el sufrimiento y la desgracia que sobre sus cabezas se cernía.

Antes de partir de Manila —escribe el docto P. Gregorio de Santiago Vela copiando a nuestros cronistas, que

(1) Cit. p. Gaspar de San Agustín, lib. II, c. 24, 321.

(2) Conquistas, 366.

(3) E. Zamora, O. S. A., *Las Corporaciones Religiosas en Filipinas*, Valladolid, 1901, 167.

en esto dicen verdad—, era público en la colonia el disgusto de los chinos que habían de conducirlos a sus tierras por no haber sido regalados por el nuevo Gobernador Don Francisco la Sande como esperaban y lo deseaban. Por lo cual los españoles aconsejaron a los religiosos que no se embarcaran previendo un mal fin, como así sucedió (1).

Luego, a la altura de Bolinao, provincia de Zambales, ocurrió lo que nos cuenta Grijalva. Escribe el historiador de la Provincia Agustiniense de Méjico: «Allí (en Bolinao) saltaron en tierra los capitanes, y sacaron algunos de los soldados bien armados, y consigo a los dos religiosos, y al intérprete, y a los criados con tan gran ceño, que desde luego se les representó la muerte. En llegando a tierra, cortaron las cabezas a los criados sin reparar en que eran Sangleyes y de su nación. Al intérprete lo azotaron cruelmente, que lo dejaron allí muerto. A los dos Religiosos desnudaron hasta dejarlos en carnes. Y fingiendo piedad no les quitaron la vida. Pero tuvieron por cierto que los Zambales Isleños de aquella isla de bárbaros y declarados enemigos de los Castillas se la quitarían con mayor fiereza. De modo que en la piedad estaba envuelta la mayor crueldad que con ellos se podía hacer (2).

Para juzgar la conducta del malvado y ambicioso mercader chino, no necesitamos recurrir a aquella crueldad que supone el Ilmo. Sicardo al decir que, sacados los religiosos de las naves, «los ataron a los árboles y los azotaron tan cruelmente, que los dejaron por muertos». Es el héroe principal de la escena — Fray Martín de Rada — quien nos cuenta en una carta famosa todas las peripecias de la jornada hasta el cabo de Bolinao donde quedaron solos y a merced de los indios zambales, sin aludir siquiera a los tormentos con que, según el autor de la «Cris-

(1) P. Gregorio de Santiago Vela, *Ensayo de una Biblioteca Ibero-Americana de la Orden de San Agustín*, Madrid, 1922, vol. VI, 447.

(2) J. de Grijalva, O. S. A., *Crónica de San Agustín en Méjico*, lib. II, c. 17, fol. 164.

tiandad del Japón, fueron martirizados (1). Afortunadamente, los religiosos se salvaron.

Cabe a los hijos de San Ignacio de Loyola la gloria de haber sido los primeros que «de hecho» misionaron en China. Como lo fueron los de San Agustín en las Islas Filipinas. Porque, indiscutiblemente, y aún conociendo los conatos de evangelización que Monte Corvino y los Franciscanos ensayaron ya en los siglos XIII y siguiente, son los Jesuitas los depositarios natos de aquel alto anhelo de Francisco Javier que le llevó a morir en las puertas del Celeste Imperio, y ellos quienes se encargarán de cumplir su testamento.

Tras las tentativas del Provincial de la India, P. Melchor Núñez Barreto, y de los PP. Pérez y Texeira (2), tentativas que fracasaron lo mismo que las de los nombrados Agustinos, fue el P. Mateo Ricci quien estableció definitivamente la misión en China por el año 1583.

El P. Mateo Ricci, hijo de una noble familia italiana, el más célebre misionero de la China en su siglo, el llamado con toda justicia «padre de la misión de China», aunque demos este mismo título, a guisa de condecoración honoraria, a Juan de Monte Corvino, llegaba a la ciudad de Gregorio Gonsalve (3), el 7 de agosto de 1582.

(1) NOTA.—«Salimos de aquí —escribe el P. Rada— a 7 de mayo, y aunque nos hicieron (los chinos) muchas molestias por el camino y nos tomaron algunas cosas y demandaron otras de las que llevábamos, todo lo sufrimos porque de nuestra parte no viniese ocasión que por nuestra culpa se dejase la jornada; y llegando a un puerto de esta isla que estaba poco más de cuarenta leguas de aquí..., nos echaron a tierra, aunque de paz, pero (entre) gente no segura que son zambales, que su principal deseo es cortar cabezas de hombres; pero bendito sea Dios que El amansa los leones cuando es servido..., ni a los zambales permitió nos enojasen en la menor cosa del mundo; antes hallamos entre ellos padre que nos amparase». (Cit. p. G. de Santiago Vela, 453-54).

(2) F. J. Montalbán, S. J., *Manual de Historia de las Misiones*, Pamplona, 1938, 385.

(3) NOTA.—Conocido es de todos el influjo y poderío de Portugal durante los siglos XV y XVI en los mares de Oriente. Dueños de Malaca, no fue otro su afán que el entrar en comercio con los naturales de la China y del Japón. Y así en 1518 sale de la nación vecina una armada compuesta de nueve navios al mando del famoso Andrada, la cual debió dejar en el litoral chino una embajada presidida por Tomás Pires. Esta embajada llegó hasta la corte imperial de Pekín; pero un hermano del mismo jefe de expedición se entregó a varios excesos y cometió vejámenes con los chinos; lo cual destruyó el efecto de la comitiva haciéndola completamente inútil.

Su ciencia y su prestigio de hombre sabio y perito en el idioma de Confucio le ganó prontamente la simpatía del Emperador, que «le colmó de honores, le nombró jefe de los sabios de su corte y le encargó numerosos trabajos científicos. El P. Ricci se aprovechó de esta benevolencia del Emperador para propagar su religión, sobre todo, entre los sabios chinos, muchos de los cuales recibieron el bautismo (1).

Entretanto, las Corporaciones Religiosas que tanto fruto estaban cosechando en las Islas Filipinas, no podían permanecer al margen de aquel movimiento que iniciaran los Padres de la Compañía. Por eso China verá muy pronto cómo se llegan hasta sus playas, unos en pos de otros, los Dominicos (1631) los Franciscanos, en anhelos de reanudar pasadas glorias (1633), los Agustinos en (1680).

En la mañana del 4 de agosto del último año citado, un navío, procedente de la ciudad de Macao, rompía la línea del horizonte, y burlando la vigilancia de los guardas, conseguía internarse en la playa próxima a Cantón. En este navío venía Fray Alvaro de Benavente, acompañado de Fray Juan Nicolás de Ribera, agustinos los dos, hijos de la Provincia de Filipinas los dos. Desembarcan y salvan, con una destreza muy suya y muy de la época también la distancia que aún los separa de la ciudad. Unos frailes franciscanos — tenían que ser ellos, como aconteció en idénticas circunstancias el año 1602 en el Japón con los PP. Guevara y Estacio Ortíz—, fueron los encargados por la Divina Providencia de dar hospedaje en su convento, extramuros, a nuestros dos misioneros. Y en julio del 81 el P. Benavente, por mediación de estos

No desistieron, por eso, los portugueses ante la contrariedad. «A fuerza de súplicas obtuvieron se les admitiese en Chincheu (Chuanchow); pero aquí también topamos con otro del tipo de Lanzarote, Arias Botello, que con sus ilícitos e injustos manejos comerciales provocó la expulsión de los portugueses de Chincheu. Entonces se dió un decreto prohibiendo a los chinos todo trato y comercio con los portugueses». (Montalbán, 333).

(1) P. de Mondreganes, O. F. M. Cap., Manual de Misionología, 2.ª Ed. «Pro Fide», Madrid, 1947, 394-95

amables cuanto heroicos «frailes menores», contaba ya con una residencia en el pueblo de Kao king fu.

Se trabajó mucho y bien en esta primera época de las Misiones Agustínianas en China, llegando a contar con 23 iglesias y otras muchas estaciones de misión.

El Cristianismo seguía avanzando e imponiéndose en varios puntos a la religión de Buda, que amenazaba desplomarse de su alegre trono de marfil... Hasta que en 1717 Kangsi, el emperador que no pudo tragar la Bula de Clemente XI por la que quedaban condenados *los ritos chinos*, expulsó de su reino a todos los misioneros, prohibiendo la Religión Cristiana (1).

El aumento de fieles era altamente consolador para nuestros misioneros. Con la venida de nuevos operarios, sobre todo, del P. Tomás Ortiz —la figura más sobresaliente entre los Agustinos de esta época en China, si se exceptúa acaso a Fr. Alvaro de Benavente— comenzaron «a cultivar con tal fervor aquella viña —escribe ahora el P. Antonio Mozo— y adelantarla en las nuevas conversio-

(1) NOTA.—La cuestión de los tan decantados *ritos chinos* dió origen a largas disputas entre los misioneros, con detrimento, claro está, de la propagación de la Fe. Comenzó con el P. Mateo Ricci, quien, habiendo observado la veneración en que era tenido Confucio por las clases altas, y el entusiasmo con que celebraban los sacrificios mandados en su honor, todo lo cual era un obstáculo difícil de vencer para que aquellos sabios se convirtieran al cristianismo, se dio al estudio de las obras del gran legislador chino, sacando en conclusión que sus doctrinas no se apartaban esencialmente del Evangelio de Cristo, y que el culto que se le tributaba revestía más bien carácter patriótico, que idolátrico; con lo que fue tolerante con aquellas prácticas paganas.

Esta opinión de Ricci fue seguida y apoyada por muchos, dando, indiscutiblemente, excelentes resultados. Mas el sucesor de este gran jesuita, Longobardi, estudió detenidamente la cuestión y creyó sinceramente que Ricci estaba equivocado, y que la doctrina de Confucio, lejos de asemejarse a la cristiana, era completamente atea. De este mismo sentir fueron los PP. Dominicos y Franciscanos, junto también con algunos jesuitas.

El asunto fue llevado a Roma en 1643 por el dominico P. Morales y el franciscano Antonio de Santa María, quienes lograron que el Papa Inocencio X diera un decreto por el que se prohibían tales *ritos chinos*. Los de la Compañía a su vez enviaron a Roma al P. Martini, el cual consiguió que Alejandro VII revocara las anteriores disposiciones de su predecesor, declarando tolerables tales prácticas. Siguiendo la contienda, el Papa Clemente XI, con el fin de terminar de una vez con tan engorroso asunto, envió a China en 1703, en calidad de Legado, al Patriarca de Antioquía, Monseñor Carlos Tomás Tournmon el cual se informó al detalle dando cuenta de todo al Sumo Pontífice, y éste, a 19 de marzo de 1715, extendió la Bula «*EX ILLA DIE*», prohibiendo en absoluto los ritos y prácticas de los naturales convertidos a la fe católica, y exigiendo, además, en todos los misioneros el juramento de observar las prescripciones dadas. (Mondreganes, 396-97).

nes, que en solo el tiempo de como doce años consiguieron reducir a nuestra Santa Fe, y bautizar a más de siete mil almas; y asimismo pudieron aumentar las iglesias hasta el número de veintitrés... Todas las dichas (de cuyo número una buena parte se erigieron en este siglo) con muchos miles de almas bautizadas, tenía la Provincia (de Filipinas) en dicho Imperio, y esperaba con la ayuda de Nuestro Señor, y el fervor de los Misioneros Religiosos, que trabajaban incesantemente por aquellos años, que en breve se lograrían grandes progresos, pues además de permitirse iglesias públicas, se predicaba también públicamente el Santo Nombre de Dios. Pero (aquí terita (sic) la pluma, y se salen las lágrimas a manifestar el dolor) en breve tiempo se vió todo tan trocado, que las iglesias se convirtieron en páramos, las sagradas imágenes se vieron quemadas, y los ministros de Dios encarcelados, maltratados, y desterrados; y aun el santo edificio de la Fe se estremeció quedando una gran parte arruinado (1).

Tocante a la cuestión de *los ritos chinos*, los hijos de San Agustín representados en aquella hora por el Superior y Vicario Provincial, P. Tomás Ortiz, creyeron conveniente y aun necesario excluir del culto católico toda mezcla de paganismo, para conservar por ese medio en toda su pureza la fe cristiana y enseñar a los verdaderos creyentes que la Religión de Jesucristo no admite vaguedades que fácilmente se pueden confundir con los ritos, costumbres y prácticas del culto idolátrico (2).

Publicado el decreto de expulsión, el citado P. Ortiz, «posponiéndolo todo a la obediencia de la Silla Apostólica y de su Delegado, luego que recibió el Decreto de dicho señor, juntando a los cristianos, se le publicó intrépidamente, y, exhortándolos a la observancia, les añadió que, a los que obedeciesen el mandato, los reconocería como hasta entonces como verdaderos fieles; pero que si alguno

(1) Mozo, 160.

(2) Bernardo, 29.

hubiese que recalcitrase a tan santo precepto, de ningún modo le recibiría en la Iglesia.

Hecho esto, luego despachó el decreto a los otros religiosos sus súbditos, para que, juntando a sus cristiandades, se lo publicasen con el mismo exhorto, lo que inmediatamente pusieron en ejecución (1).

Como nos dirá ahora el historiador más moderno de las Misiones Agustínianas en China, la enérgica actitud de nuestros Misioneros en contra de las disposiciones imperiales hízoles experimentar todo el peso de la persecucion, del destierro y del sacrificio (2).

A partir de esta fecha, puede decirse, ya no hubo más Misiones Agustínianas en el Celeste Imperio. Verdad que aun siguieron ocultos varios religiosos predicando y administrando los santos sacramentos a los cristianos. Verdad también que el P. Seguí, el mismo que llegará con el tiempo a ser nada menos que Arzobispo de Manila, seguirá en China hasta mediados de siglo, siendo arrancado de su amada misión sólo en virtud de santa obediencia (3); pero estos no dejan de ser casos aislados, terminando todo en estruendosa caída...

Volvieron los Agustinos al país de la padogas en 1879, esta vez a la región de Hunan Septentrional.

La dificultades que hubieron de vencer hasta lograr estabilizarse, la continua guerra que los hicieron mandarines, sacerdotes paganos y literatos del país; los errores cometidos por los mismos inexpertos misioneros, todo ha sido consignado y narrado al por menor en las cartas que estos nuevos sembradores evangélicos enviaron desde el campo de labor, muchas de las cuales aparecieron ya en

(1) Mozo, 162.

(2) Bernardo, 30.

(3) El P. José de Seguí fue como el último eslabón de la aurea cadena que comenzara Fr. Alvaro de Benavente. Contra viento y marea, siguió en China trabajando infatigablemente por conservar nuestras Misiones. Por lo que nuestros historiadores dieron en llamarle «vir apostólico zelo flagrantissimus». Así estuvo hasta el 1818 en que la obediencia le obligó a regresar a Manila, abandonando, por consiguiente las cristiandades de Kuang-tung y Kuang-si (Bernardo, 78).

«Revista Agustiniiana» y en «Archivo», donde también nosotros hemos contribuido con nuestro pequeño óbolo dando a conocer dos interesantes de los PP. Saturnino de la Torre y M. Fernández, y una más extensa, debida a la bien cortada pluma del llorado y malogrado P. Benito González.

Hoy publicamos una «Memoria» inédita de las mismas Misiones, cuyo autor nos es desconocido hasta la fecha. El escrito en cuestión se limita a hablar casi exclusivamente de la primera época; pues, redactada con toda seguridad a finales del siglo pasado, de intento no quiso extenderse «sobre los trabajos apostólicos de nuestros Hermanos Misioneros (de hoy), ya por no ofender su modestia, ya por estar desarrollándose su naciente y evangelizadora misión».

Tampoco quiere hablarnos de la Misiones mantenidas en otro tiempo (1) en el Japón. Lo primero, porque «ya existe una historia más o menos completa de las mismas (2), y también porque parece ser que los santos y piadosos deseos de Nuestra Santísima Provincia de volver a encargarse de aquella región apostólica no han encontrado en Roma la acogida y satisfacción que esperaban».

La «Memoria», escrita en papel oscuro, fino y bien satinado por ambas partes y con letra muy clara y elegante, consta de veintisiete páginas en cuarto. Hasta hace poco tiempo, se conservaba en nuestro convento de Manila. Hoy ha pasado, como otros muchos papeles y documentos de Provincia, a formar parte del Archivo de Valladolid, y sólo espera que éste sea debidamente ordenado y catalogado para llevar su número y signatura propia.

Trabajando en el mencionado Archivo, hemos encon-

(1) Se refiere a las gloriosas Misiones que mantuvo nuestra Provincia en el pequeño reino del Bungo, Japón, durante la primera mitad del siglo XVII, y en las que tantos frutos lograron a la par con los PP. Dominicos, Franciscanos y Recoletos, y en las que cayeron nuestros mártires, hoy todos ellos en los altares.

(2) Sin duda, hace alusión a la historia del Ilmo. Sicardo, titulada «Cristiandad en el Japón», para nuestro gusto y criterio la mejor que se ha escrito y la más completa de todas tocante a la gesta heroica del Cristianismo en el Imperio del Sol Naciente.

trado otras dos Memorias referentes también a las Misiones Agustonianas de China. El autor oculta de intento su nombre, pero esta vez creemos haber dado con él, por otros manuscritos de la misma letra y de la misma época. Se trata del P. Raimundo Lozano, religioso que recorrió aquellas tierras y que describe con bastante gallardía y soltura, incansable operario, amigo de la pluma, pero un tanto desafortunado en sus escritos, ya que casi ninguno de ellos ha salido a la luz pública por estimarlo de escaso interés.

Sin que nuestro intento sea desacreditar dichas Memorias —que más bien son la narración de un viaje a China—, damos la preferencia a la primera. La que a continuación transcribimos.

BREVE MEMORIA

sobre las Misiones que nuestra Provincia del Santísimo Nombre de Jesús ha sostenido y ha vuelto a inaugurar en el Imperio Chino.

(Euntes ergo docete omnes gentes, baptizantes eos in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti (1).

La interesante, gloriosa y siempre admirable carrera seguida por el Catolicismo a quien deseos santos inflaman y a quien ideas salvadoras guían e iluminan, a la par que ha impresionado a todo corazón creyente, ha merecido un estudio profundo y detenido de los historiadores todos, que han sabido sentir por esa Religión santa, que cono-

(1) Math, 28, 19.

cer pretenden, simpatía y amor, respeto y consideración (1).

De aquí el que tanto signifique en la historia y que tan importante sea para la civilización y la vida social la manifestación del espíritu católico y la aparición de la virtud sobrenatural, que ha modelado a sus héroes y que ha enviado y sostenido a sus apóstoles. La inteligencia humana, al inspirarse en ese significado e importancia de la obra que el Catolicismo ha llevado a cabo, anhela, poseída de deseos inmortales, seguir paso a paso el avance, ora lento, ora extraordinario y deslumbrador de la idea cristiana y de la fe católica, predicada hasta en las más apartadas regiones por hombres que encienden el espíritu de Dios y por ángeles que la Iglesia santa envía.

Deseo santo que ennoblece y eleva al pensamiento humano, y ocupación digna de todo aquel que aspire a formar idea exacta e imparcial y perfecto conocimiento de la misteriosa fuerza, de la savia celestial y divina, del aliento omnipotente que apoderándose de los operarios evangélicos que anuncian la paz, les traza la marcha que seguir deben, y la misión sublime que les está encomendada.

Y es que el fenómeno social e histórico que la sociedad conoce y llama *Misiones Católicas*, hiere y cautiva las miradas, tanto del historiador, como del filósofo, ya porque su importancia es mucha, y ya porque con dificultad contemplará la mente ni admirará el genio panorama alguno que más le interese ni cuadro alguno que más le entusiasme y conmueva.

Dirijamos sino nuestras miradas a los tiempos apos-

(1) NOTA.—Como pueden apreciar nuestros lectores, el autor de la Memoria se siente apologista y un tanto predicador. No parece sino que tiene gana de decir a las gentes que la Iglesia posee una fuerza poderosa interna, proveniente del costado abierto de Cristo, la cual ha hecho las maravillas que todos podemos contemplar hojeando las páginas de su Historia y, modernamente la Historia de las Misiones. Es un defecto que se observa a través de todas sus páginas. Defecto que vamos a perdonarle por la buena voluntad que pone y también porque entonces se escribía así.

tólicos, que tanta maravilla vieron y admiraron grandeza tanta. Ni recuerda la memoria época más gloriosa, ni admirar le es dado al hombre desarrollo más civilizador ni transformación más asombrosa.

¿Quién fue el agente milagroso que realizar pudo aquella al parecer incomprensible propagación de la Buena Nueva, de la idea santa, de la creencia católica, que desmoronó el ya carcomido y herido de muerte edificio del paganismo? Ya escuchemos el lenguaje de los monumentos, ya interroguemos a la historia, ya evoquemos recuerdos que aun nos entusiasman y electrizan, o ya sintamos la acción de los tiempos, y los ecos misteriosos de la tradición, nos veremos obligados a responder a esa pregunta que resume infinidad de problemas y que lleva en sí la ley que ha presidido a la dilatación del Catolicismo, que ni se conoce, ni existir puede, dada la economía providencial y la divina y santa organización de esa Religión, otra causa y agente distinto de la realización que nos ocupa que las Misiones Católicas.

Ese era el espíritu que animaba a los Apóstoles, y ese era el encargo especial y el mandato santo que Jesús les encomendara al dirigirles aquellas palabras que tan inmortales destinos iniciaron y que esperar nos hicieron perfección tanta: «Como el Padre me envió, así también yo os envío a vosotros (1)... Y aquellas otras aún más decisivas y terminantes: «Id por todo el mundo, y predicad el evangelio a toda criatura» (2).

El cumplimiento de este mandato de Jesús, legado santo del amor infinito que profesa al hombre, es sin duda alguna el argumento eterno de los tiempos católicos y la más extraordinaria y vastísima ostentación de la inagotable y salvadora fecundidad que la Iglesia ha dado a conocer desde que, lanzada a la corriente de los siglos y

(1) Joan, 20, 21.

(2) Lucas, 16, 15.

dada a la sociedad para que la salve y dirija, avanza y vive, triunfa y reina.

De aquí la inmensa trascendencia que tiene para todo corazón cristiano una encadenada y bien ordenada historia de las misiones católicas, ya se las considere en general, ya intente uno circunscribir sus investigaciones a determinadas épocas y a regiones geográficas limitadas por fronteras que se resisten a la vida universal de la sociedad y que se obstinan en permanecer alejadas del concierto social y religioso, que las convida con un porvenir de gloria y las abre nuevos horizontes para que apreciar puedan la marcha providencial de los acontecimientos, y para que conocer les sea dado la verdad que ha siglos dirige al mundo, y la fe que ha tiempo llama a las naciones.

Tratar de dar cima a la colosal empresa de redactar una historia general de las Misiones Católicas, teniendo en cuenta sobre todo lo que el sentimiento cristiano exige, y lo que reclama el espíritu filosófico-social sería, sin duda alguna, importantísimo a la par que digno y glorioso para un hombre dotado de un gran talento y de noble y virtuosa intención. Por nuestra parte desistimos de tan grande y heroica aspiración, ya por reconocer la esterilidad de nuestra inteligencia, ya por sentir el racional y fundado desaliento que de nuestra alma se apodera al solo recordar las innumerables relaciones y las extraordinarias proporciones que abarcaría esa obra que honraría a un Mariana y a un César Cantú.

Menos comprometido, pero desde luego más modesto, es el intentar delinear y describir con toda perfección posible una monografía que tan sólo se ocupara de una localidad, y que se relaciona tan sólo con determinadas épocas. Mas aún en este caso serían grandes las dificultades que se habrían de presentar si había de agotarse toda la materia y si debiera cumplirse con todos y cada uno de los deberes de historiador.

Ni nuestros intentos se encumbran a tal altura, ni

nuestras aspiraciones son otras que las de presentar las más interesantes noticias sobre las Misiones que nuestra Provincia del Santísimo Nombre de Jesús de Filipinas sostuvo en otro tiempo y ha vuelto a inaugurar en el Imperio de China, que tanto se ha resistido y se resiste a recibir la fe católica. Ellas manifestarán y presentarán bañados de luz y de verdad dos hechos que sin cesar se han ostentado desde la conquista espiritual y temporal de estas Islas (las Filipinas) hasta nuestros días.

El primero que honra y enaltece el espíritu apostólico de nuestros ilustres predecesores y de nuestra Corporación son las perseverantes y casi nunca interrumpidas misiones que han sostenido en aquel reino los humildes y obedientes hijos del grande Agustino.

El segundo no menos cierto que el primero, si bien más triste y desconsolador, es que la causa de haberse paralizado dichas misiones no ha sido otra que la falta de personal, la carencia de operarios, que poder enviar a aquellas regiones. Importantísimo es consigrar estos dos hechos, para así poder apreciar los valiosos servicios, que nuestros heroicos hermanos prestaron a la causa del Catolicismo y de la Civilización; pues es de inmenso interés el patentizar que por una gracia especial de la Providencia y a pesar de las miserias y flaquezas humanas, nunca ha desaparecido ni se ha entibiado el sagrado fuego que vivo ha mantenido el abnegado y cristiano espíritu que ha animado, sostenido y vivificado a los preclaros hijos del Doctor de la Iglesia (1).

Tal vez extrañe y choque omitamos extender nuestras consideraciones a las misiones del Japón; mas, si se tiene en cuenta que de dichas misiones hay una historia más

(1) NOTA.—Ciertamente, nuestros misioneros en China han sido siempre muy escasos. Quien haya leído nuestros anteriores artículos publicados en esta misma revista, se habrá dado cuenta de la extensión vastísima que se les encomendó y el reducido número de operarios, insuficientes para estar en todas partes. Aparte de esto, hay que constatar para honor de aquellos sufridos religiosos, lo desconocido del país, idioma, costumbres y carácter del chino. Amen de la persecución continua de que fueron víctimas.

o menos completa, y que los santos y piadosos deseos de Nuestra Santísima Provincia de volver a encargarse de aquella región apostólica no han encontrado en Roma la acogida y satisfacción que esperaban (1), sin duda por razones que, nos complacemos en reconocerlo, serán justísimas, desaparecerá toda extrañeza y sorpresa al echar de menos una relación de aquellas edificantes e inmortales páginas que tanta gloria dieron a Dios y tanto santo al cielo y a la Iglesia de Cristo (2).

El espíritu que domina a los ilustres compañeros de Urdaneta era tan puro, tan eminentemente cristiano, tan inflamado en el amor de Dios y del prójimo, que a pesar de verse agoviados por los trabajos evangélicos que llevaban a cabo en estas islas ganadas para Dios y para España por su celo y abnegación, miraron siempre con marcadísimo interés la propagación de la Fe Católica en el inmediato Imperio Chino (3). El hidalgo, noble y cristiano proceder del héroe Legazpi, quien obligó a los isleños de Mindoro a devolver a sus dueños lo que habían robado de unos champanes que arribaron a sus playas les presentó ocasión favorable para intentar explorar y conocer a aquella nación, cuya población tanto se exageraba y de la que se contaban tantas maravillas.

Cupo esta gloria deseada y suspirada por el Apóstol de las Indias a los PP. Martín de Rada y Gerónimo Marín, enviados como avanzada de la Cruz a reconocer el estado moral y religioso, social y político de la China. Su mi-

(1) A fuer de sinceros historiadores, tenemos que confesar — y de ello estamos bien informados — que si la Provincia, los Superiores de ella, se hubieran interesado un poco más por el asunto que aquí nos habla el autor de la Memoria, hoy tendrían los Agustinos Misiones en el Japón.

(2) Tiene mucha razón nuestro desconocido escritor. Aquello fue una gesta que honra a la Corporación Agustiniáná y en especial a la Provincia del Santísimo Nombre de Jesús de Filipinas; pues consiguieron una gran cosecha de almas, llevando muchos mártires al cielo, hoy venerados en los altares.

(3) Ya hemos visto cómo se expresaba sobre este mismo punto el dominico Ferrando en su Historia de los hermanos de su Corporación en las Islas Filipinas.

sión, mitad política, mitad religiosa, si bien no todo lo fecunda que su corazón deseaba, fué el punto de partida de las misiones en ese Imperio y la que fijó la atención y preferencia que siempre ha dado nuestra Provincia a la propagación de la Fe Católica en un pueblo tan innumerable como lo es el chino. Tuvo lugar este acontecimiento, doblemente importante, por ser el primero que cuenta la historia en el año de 1575, siete años antes de que la fervorosa y emprendedora orden de los Jesuitas pudiera conseguir lo que con tanto ardor había anhelado San Francisco Javier. Desde luego, no sería todo lo satisfactorio el resultado obtenido en él, cuando vemos al mismo P. Rada en compañía esta vez del P. Albuquerque volver a hacer por segunda vez otro viaje a China en el año 1576. En este viaje, si bien no establecieron de una manera definitiva las Misiones Católicas por cuya causa trabajaban dichos padres, se les ve examinar con más detención la triste y precaria situación de la atrasada civilización china, y meditar con mejor criterio sus instituciones, su moral y sus creencias religiosas. Fruto de esta observación ilustrada de dichos padres fue la obra que escribió el P. Rada sobre el imperio chino. Mas, como si el cielo quisiera dar a conocer los trabajos y angustias, las miserias y dolores que tanto habían de atormentar a los que, intrépidos e inflamados, iluminados y santos, habrían de imitar tan admirables ejemplos, permitió Dios que tan santos y perfectos varones fueran abandonados por los chinos en las playas de Bolinao para que anticipadamente conocieran los apóstoles que habían de seguirles la falsedad y perfidia, las preocupaciones y ceguera de los que ellos convidaban a la luz y la verdad con la justicia.

Si la historia de Filipinas no patentizara la abrumadora tarea que pesaba sobre los hombros de los que la evangelizaban la paz y el bien; si en ella no leyera el pensamiento humano que esa misión evangelizadora encomendada a un solo misionero era más que abundantísima

para ocupar a veinte o treinta, no sería fácil explicar la causa de no volver a mandar a China a otros operarios hasta el año de 1586 en el que P. Juan Bautista Montoya pasó a Sian y Macao a fundar casa de la Orden, objeto solo conseguido en este último punto; y hasta el 1587 en el que el P. Diego de Espinar, en compañía del P. Nicolás de Tolentino y un tal Diego Espina, cuyo nombre no se halla en el Catálogo de Nuestra Orden, se encargó del convento de Macao y de la dirección de las Misiones, permaneciendo en dicho reino hasta el 1596, que parece cerrar la primera y menos interesante, en cuanto a sus resultados, pero de inmensa importancia en cuanto a su significado histórico, época de las misiones sostenidas por nuestra Corporación en la paralizada y muerta China. Si el fruto no fue abundante y las acciones heroicas y sublimes de aquellos varones apostólicos y santos no pudieron ablandar los empedernidos corazones de los que esclavos eran de la idolatría y tal vez de la indiferencia absoluta y general, nótese sin embargo en esta primera época de la marcha civilizadora del espíritu que animaba a nuestra Corporación un fenómeno especial digno de estudio y acreedor a nuestra consideración y a nuestro reconocimiento.

El carácter chino, la imposibilidad de su conversión, las contrariedades que se oponían a tal empresa, la infinidad de obstáculos creados con habilidad que sorprende y con bellaquería que admira por los representantes de la Autoridad, la obcecación e idiotismo del populacho, el desprecio con que era mirado el Europeo, el despotismo de los bonzos y el espíritu de mercantilismo y positivismo que todo lo sofocaba y ahogaba, eran perfectamente conocidos y apreciados por nuestros misioneros, quienes fundados en esas causas que tanto se oponían a la propagación de la fe y conocedores de la marcha que debía seguirse, trazaron el plan más acertado, sin menoscabar por eso en lo más mínimo los intereses de fe y sin que

echárseles pueda en cara ni una acción indigna, ni un hecho innoble e indecoroso.

Terminada la época de que acabamos de hablar, nuestra Provincia, si bien no perdiendo de vista las misiones de China, dió más importancia y miró con más interés a las del Japón, ya porque eran más frecuentes en este reino las conversiones, ya porque simpatizara más con el carácter franco y resuelto de sus naturales, ya en fin porque llamara más la atención el interesante drama evangélico que con tan inmensas proporciones se ostentaba en aquellas apartadas islas, que el Evangelio iba trasformando poco a poco y la gracia de Dios embelleciendo.

De aquí el que con sorpresa de la mente y con amargura del corazón no le sea dado al historiador seguir con rigurosa encadenación cronológica las interrumpidas misiones y que no pueda volver a ocuparse de ellas hasta el año de 1677 en el que el P. Alvaro de Benavente, uno de los más celosos e incansables misioneros de la China, venciendo mil dificultades y salvando infinidad de peripecias y contratiempos, logró arribar a dicho Imperio en compañía del P. Nicolás Rivera (1).

Mucho debieron estos nuevos apóstoles a la caridad de los PP. Franciscanos, quienes no sólo les alojaron gustosos en su Casa-Misión, sino que se tomaron la molestia de enseñarles el idioma chino. Grandes inconvenientes debieron encontrar dichos padres en el noble y santo objeto que les llevaba a China, pues hasta el año 1681 no pudieron inaugurar con la independencia y arraigo que la Corporación deseaba la Casa-Misión que por fin fundaron en la ciudad de Kao King fu. Pronto comprendió la mirada penetrante del P. Benavente la imposibilidad en que se hallaba de organizar, como la gloria de Dios reclamaba y el bien de las almas exigía, la Casa-

(1) No es el año 1677, sino el de 1680 cuando el venerable Definitorio de Manila mandó al P. Benavente pasase con Rivera al gran Imperio de la China. Pueden consultarse los autores hasta aquí citados: Mendoza, Gaspar de San Agustín, Antonio Mozo, Vela, Bernardo, etc.

Misión a cuyo frente se había puesto y cuyos trabajos apostólicos ocupar debían tan dilatado y extendido campo. El también podía decir como el Evangelio, «la mies en verdad es mucha, mas pocos los operarios» (1), pues que se determinó a volver a Manila en busca de los compañeros que necesitaba, dejando en China encargado de la Misión al P. Nicolás Rivera. Un desencanto y un gran sentimiento le esperaban en esta ciudad. Sus Superiores, no sólo no accedieron a lo que solicitaba, sino que le ordenaron se embarcara para España con el cargo de Comisario Procurador en la corte de Madrid. La amargura que debió sentir en este trance y el dolor que traspasaría su alma al verse alejado de su querida China y de su gloriosa misión, fueron sin duda grandísimos, pues se le vuelve a ver, después de haber desempeñado importantísimos cargos, dirigirse a China en compañía de cuatro operarios más, nombrado por Roma Obispo de Ascalón in partibus infidelium y Vicario Apostólico de la provincia de Kiang-si. El Obispo de Conon, Don Carlos Maigrot, le consagró en la ciudad de Nanking. La nueva dignidad de que se vio revestido, encendió más y más su celo, inflamó su caridad, purificó su alma y sostuvo su corazón y su ancianidad. Trece años de trabajos y dolores por la causa de la fe le presentaron lleno de méritos y virtudes cuando el Señor se dignó llamarle a su trono, y cuando entregó su alma en manos de su Criador en la ciudad de Macao a donde se había retirado.

Tan edificantes ejemplos no podían por menos de ser seguidos por los religiosos que en estas islas se dedicaban a los trabajos de la Religión. De aquí el que pueda irse señalando la llegada de nuevos misioneros para continuar la obra tan admirablemente organizada por el Padre Benavente. Ya es el P. Miguel Rubio que aportó a China el año 1684, ya el P. Juan de Aguilar que lo hace el 1687, ya el P. Gil José que lo verifica el año 1691, ya el

(1) Mat. 9, 38

P. Juan Gómez en 1690. Si la historia no ha sido avara en aplausos y elogios con estos santos y humildes padres, no dudamos ni por un momento que sus inmortales nombres y sus gloriosas acciones estarán escritas en el libro de la Vida para brillar por toda una eternidad y para honor y gloria de nuestra Corporación.

Otra cosa ha sucedido con el P. Tomás Ortiz llegado a China el año de 1895 (1). La historia no ha podido por menos de hablar de él, no sólo con edificación y elogio, sino hasta con admiración. Bien es verdad que su posición de Superior y Vicario de la Misión le ponían en circunstancias de poder desplegar todas las grandes cualidades de que estaba dotado, todo el amor a los hombres que su alma rebosaba, toda la grandeza de su corazón, toda la abnegación de su pecho, toda la habilidad y ternura de su bellissimo carácter. ¿Qué extraño es por lo tanto que sus progresos en las misiones de China fueran extraordinarios, innumerables las conversiones por él hechas, admirable la propagación de la fe por él anunciada, sin igual el poder de su elocuencia cristiana, y casi divino y omnipotente el influjo católico y civilizador por él ejercido? Si apreciarse quiere todos los servicios prestados por este gran apóstol a la causa de la Religión y de la sociedad, fijémonos en la extensión y trascendencia de su obra evangélica y civilizadora. ¡Bienaventurado el que pudo elevar y dedicar al Dios verdadero, al Salvador de los hombres veintitrés iglesias y agrupar al pie de la cruz a generaciones sedientas de amor y ventura, de paz y virtud!

Su obra empero que tanto heroísmo suponía y que tanta grandeza de alma reclamaba, si no vino a tierra porque Dios mira con predilección y cariño los trabajos de sus enviados, sintióse herida de muerte y amagada de destrucción por la suspicacia del despotismo imperial y

(1) Evidentemente, la fecha está equivocada. El P. Ortiz llegó a China el año de gracia de 1695. Seguramente que es error del amanuense.

por el brutal decreto que le desterraba de China. ¡Cuántos no serían los desconsuelos y tristeza que se apoderarían de su magnánimo corazón al verse obligado a volver a Manila con todos los compañeros de sus glorias y de sus tareas apostólicas!

Mas cuantos más peligros ofrece una conquista espiritual, cuantos más males la acompañan, cuanto más se empeñan los hombres en sofocarle en su origen, más complace el espíritu de Dios en inflamar a sus escogidos y en adornar a sus santos. El fue el que movió y animó a los intrépidos padres Fr. Juan Núñez de Cepeda, Fulgencio Rubio, Francisco Fontanillas, Tomás de Villanueva y a José Ferrer, quien fue Superior de la Misión, a Agustín Molinas, José Samarguínaga, Manuel Gutiérrez, Tomás Torres y a Juan Otero (1), quienes en el período que empieza en 1694 hasta el año 1755 fueron sucesivamente arribando al Imperio Chino para continuar la grande obra de la redención humana y para sacrificarse, como así aconteció a algunos, y si esa era la voluntad de Dios, por su adorado Jesús y por el bien de las almas de sus semejantes.

No hemos hablado del P. Juan Rodríguez, a pesar de hallarse incluida su ida a China en el período de que acabamos de ocuparnos, porque sus servicios a la religión y a la sociedad son tan relevantes y dignos de admiración, que ya por deber, ya por gratitud, nos creemos obligados a dedicarle algunos renglones que a la par que patenticen su gran celo y abnegación nos consuelen y conmuevan, nos sostengan y animen. La importancia de este religioso en la evangelización de la China es sin duda alguna casi igual y tan edificante como la que tuvieron los padres Benavente y Tomás Ortiz.

Encargado de las Misiones, como aquellos padres, dio a conocer las mismas y eminentes cualidades, el mis-

(1) No dejan de tener importancia estos datos, pues se citan aquí misioneros cuyos nombres nos son desconocidos.

mo celo, la misma abnegación, la misma constancia, igual pureza de alma, iguales sentimientos nobles y cristianas, idénticos sacrificios, idéntico amor al hombre y caridad a Dios. Su llegada a China fue el año 1754, permaneciendo en ella evangelizándola sin tregua ni descanso por espacio de veinte años. Al seguirle en sus trabajos apostólicos, al admirar su grandeza de alma, al notar arder en su pecho la llama inextinguible de la caridad, al verle derramar el bien y anunciar la ventura y la paz, al enumerar las prodigiosas conversiones por él hechas, sus dolores y amarguras, sus fatigas y cansancios, al oír las bendiciones, con que le aclaman y el cariño y amor con que le saludan, no podemos menos de aclamar con el sagrado texto conmovidos y edificados y con reconocimiento y admiración: «Qué hermosos son los pies de los que anuncian el Evangelio de paz, de los que anuncian los bienes» (1).

A secundar sus tareas fue enviado en el año 1765 el P. Carlos Cubli, cuyo fin debió ser desastroso, pues desgraciadamente se desconocen los últimos momentos de su vida.

El P. José Villanueva, uno de los más celosos y edificantes misioneros de China, arribó también a dicho imperio en el año de 1780, cuando las gloriosas tradiciones del P. Rodríguez llenaban aun el país y entusiasmaban a los que habían tenido la dicha de recibir la luz del Evangelio. Perseguido y maltratado por los satélites de los Mandarines chinos, fue al fin desterrado, volviendo a Manila, en donde se preparó con la oración y recogimiento para anunciar otra vez en el Imperio que así lo perseguía y maltrataba la verdadera moral, la verdadera religión y el verdadero Dios. Murió en el Señor en el año 1794, tranquilo como el justo y resignado como el mártir.

Poco nos resta que referir y detallar de esta que, en buen orden histórico y siguiendo todo el rigor cronológico-

(1) Rom. 10, 15.

co, debe llamarse segunda época de la misión evangelizadora de nuestra querida Provincia del Santísimo Nombre de Jesús en el populoso y obcecado Imperio Chino.

Epoca interesantísima, dramática, fecunda, de resultados prácticos y positivos y que admirar debe la mente y estudiar con detención la inteligencia. En ella, más que en la anterior o primera, se han manifestado los inconvenientes y peligros, las miserias y penalidades, la dureza y ceguera que tan vastísimas proporciones adquieren en la China y que tan hondas raíces ha echado en esa tierra, que no nos atrevemos a llamar de maldición porque Dios la solicita aun como a otra Jerusalén y la espera como a otra Nínive. Cierra esta inmortal y grandiosa época los ilustres, venerables y respetabilísimos padres Juan Sie, natural de Chuy-king, en la China, y que murió en Macao y José Seguí, nombrado más adelante Obispo de Hierocesares in partibus infidelium y últimamente Arzobispo de Manila. Al terminarla no podemos menos de sentir y llorar con los ángeles y la Iglesia Santa la imposibilidad por falta de operarios en que se encontraba nuestra Provincia de sostener las Misiones de China. Esa y no otra fue la causa de abandonar la evangelización del Celeste Imperio.

Grande fue la tristeza y sentimiento que se apoderó de todos los religiosos agustinos al tener conocimiento del hecho que con amargura de nuestra alma acabamos de referir. De aquí que el deseo constante que tenían sus almas, la idea fija y que nunca se barrió de sus memorias, fuera el organizar de nuevo las misiones que tanta gloria nos habían dado y que tantos bienes habían hecho al pobre y necesitado, al extraviado y al ignorante. Que estas fueron siempre las intenciones y risueñas esperanzas, que consolaron algún tanto a todos los corazones generosos, y a todas las almas cristianas que tan sólo anhelan que se extienda y derrame por el mundo y que posea e inflame a los hombres aquel amor que hizo ex-

clamar al divino y tiernísimo Jesús: «Fuego vine a poner a la tierra, ¿y qué quiero sino que arda?», se patentiza y demuestra con sólo prestar atención a lo que todos los Religiosos sienten y que dan a conocer con una franqueza, que les honra y con una insistencia que tan sólo disculpar puede la sublimidad de lo deseado y la grandeza de lo apetecido. Apenas arribamos a estas Islas, notamos no sin edificación y aprovechamiento este fenómeno que tanto ánimo nos dio y que tantas esperanzas nos hizo concebir. Tanto los nuevamente llegados, como los que se hallaban ya en estas Islas, se lamentaban sin cesar de la necesidad en que se había visto nuestra Corporación de abandonar nuestras misiones y suspiraban continuamente por que, aun haciendo sacrificios costosos y privándonos de algunos operarios, tan necesarios en estas islas, volviéramos a dar vida y organización, según los planes del Altísimo, ya a las misiones de China, o ya a las del Japón. El espíritu público de nuestros religiosos, la opinión general de la Corporación miraba con más predilección y cariño a este último punto, ya porque ha sido un campo más glorioso para la intrepidez del misionero, ya porque se esperara que el fruto habría de ser más abundante. Otros eran los designios de la Providencia, pues a pesar de haber explorado el terreno en ese sentido y de haber manifestado los deseos santos y las aspiraciones cristianas que dominaban el corazón apostólico de nuestros religiosos y que delante de Dios y de los hombres son las mejores disposiciones para esa obra digna de ángeles, se lleve a efecto, nada se pudo conseguir, sino un triste desengaño, cuyas causas omitimos manifestar por no extendernos demasiado. Mas demos gloria a Dios y alabemos su santo Nombre que inspiró a nuestros Superiores la santa resolución de volver a tomar las misiones que tuviera a bien encomendarle la Propaganda Fide. Nuestro P. Mateo Rodríguez y su Venerable Definitorio son acreedores a nuestra gratitud y a nuestro reconoci-

miento por haberles cabido la gloria de decretar el establecimiento de las Misiones. Tuvo lugar este Definitorio que el cielo debió bendecir y los ángeles alabar en el año de 1879. Día de inmensa satisfacción para los que, movidos por el espíritu de Dios, sin otro norte que su gloria y sin otra esperanza que padecer por dilatarla y darla a conocer, ansiaban ese suspirado instante que les abriera nuevos horizontes en donde desplegarse pudiera su celo y en donde encontrar pudiera su alma el grato, santo e inenarrable gozo de contribuir a los fines de la redención y propagación del Evangelio.

Inmediatamente se dieron las oportunas instrucciones a nuestro Procurador en Roma para que la realización de este acuerdo del Venerable Definitorio fuera una verdad y se señalara a los Misioneros que la esperaban el campo que habían de purificar con sus oraciones, conmovier con sus buenos ejemplos y cambiar con su palabra evangélica y paternal. Las gestiones que nuestro Procurador hizo para conseguir dicho objeto tuvieron el más feliz resultado. León XIII, Papa reinante, mirando por la Iglesia Santa que encomendada le está y animado de deseos inmortales por la dilatación de fe cristiana, tuvo a bien encomendar, oído el parecer de la Congregación de la Propaganda Fide, a nuestra Provincia del Santísimo Nombre de Jesús la celestial y divina tarea de evangelizar la parte septentrional de la dilatadísima y populosa provincia de Hunan. Nuestro santo e inmortal Pontífice se dignó decretar la división de dicha Provincia y la creación de la Misión encomendada a Nuestra Corporación en el año 1879 a 12 de agosto. En dicho Breve se determinan los límites geográficos de una y otra región, prudente y acertadísima determinación para evitar que nunca pueda sufrir el más mínimo menoscabo la caridad mutua de Misión a Misión, que debe ser la virtud que vivifique y anime a los que trabajan por Dios y para Dios. La creación de esta Misión y la división de la Provincia de Hunan

habían sido también aprobadas y confirmadas por la Sagrada Congregación de Propaganda Fide en 14 de julio de 1879.

Para ponerse al frente de dicha Misión, fue nombrado el P. Angel Abásalo, Pro-Vicario, y por renuncia de éste, el P. Nicolás Guadilla. Si grande era la confianza que depositaban en nuestra Corporación, tanto el Santo Papa, como la Sagrada Congregación de Propaganda Fide, grande también fue el interés y solicitud con que, tanto Nuestro P. Provincial actual, como su Venerable Definitorio tomaron parte en la organización pronta e inmediata de la Misión que con tanta alegría era aceptada y con tan alagüeñas y lisonjeras esperanzas se iba a inaugurar. El P. Elías Suárez y el P. Agustín Villanueva fueron los primeramente mandados al Imperio Chino, para empezar los trabajos apostólicos y preparar el camino a los hermanos que les han seguido y seguirán. Su salida de estas playas para el Imperio por ellos suspirado fue el 17 de mayo de 1879, día imperecedero y de recuerdo eterno, que parecía reanimar a los gloriosos e incomparables héroes que les habían precedido:

El P. Nicolás Guadilla y el P. Luis Pérez, aquel Superior de la Misión, y éste Procurador de la misma, se han ido en pos de sus queridos hermanos que esperaban su apoyo y colaboración y que necesitaban de sus luces y consejos.

Lento y trabajoso ha sido el avance de estos ilustres hijos de San Agustín, sin número las dificultades que se les han presentado, contrariando sus santos deseos y sus justas intenciones, amargo el cáliz que han tenido que apurar, ya por las enfermedades que han padecido, ya por los sinsabores que en abundancia les han proporcionado los hombres. Hemos leído sus edificantes cartas y no hemos podido menos de derramar una lágrima al verles sufrir penas sin cuento. Pero si sus trabajos y penalidades nos han llenado de amargura y de desconsuelo, su

santa resignación y la caridad que nos ha revelado el inflamado lenguaje que emplean al dirigirse a nuestro Padre Provincial nos ha hecho augurar grandes venturas y bendiciones sin cuento. Su obra está en manos de Dios a quien se encomendaban y en quien tienen puesta toda su confianza. ¡Qué nuestras oraciones la ayuden y acompañen!

Entonces el cielo que les protege, Jesús que les envía, y María Virgen que les bendice y ama defenderán su vida y harán fecunda su palabra evangelizadora, para que Dios sea ensalzado, su santa y divina Religión conocida y practicada y nuestra Corporación honrada y santificada. ¡Quiera la Providencia infundirles aliento, comunicarles acierto en todo lo que se proponen, para establecerse definitivamente en la Misión que pesa sobre sus hombros y aceptar la vida del virtuoso P. Guadilla que ha muerto en el Señor al dirigirse a Pekín para vencer las dificultades que tanto les contrariaban.

Sentimos sobremanera no extendernos sobre los trabajos apostólicos de nuestros hermanos misioneros, ya por no ofender su modestia, y ya por estar desarrollándose su naciente y evangelizadora misión.